

# EL ECO DE CARTAGENA.

PUNTOS DE SUSCRICION.

Cartagena, Libertad, Menéndez, Madrid y Provincias, correspondientes de la casa de Saavedra.

SEGUNDA ÉPOCA.

PRECIOS DE SUSCRICION.

En Cartagena un mes 8 rs.—Trimestre 24. Fuera de ella, trimestre 30.

Lunes 9 de Julio.

El Eco de Cartagena

EL MONASTERIO DE PIEDRA  
EN ARAGON.

SU ESTADO ACTUAL.

II

El curioso que visita este monasterio por primera vez se encuentra agradablemente sorprendido, al observar cuán bien realiza el ideal que se ha formado de estas fundaciones, antes de haberlas visto, creyéndose trasladado a plena edad media, edad de bullición y de retiro, de fuerza y de mansedumbre, de actividad y recogimiento. El sitio de la fundación es una eminencia aislada, a propósito para fortificarse; la esplanada, que precede al ingreso del edificio, parece una plaza de armas; la sólida pared de piedra, que le sirve de frontispicio principal, se asemeja a un muro; la robusta torre del homenaje, con su escudo de armas, diríase espere todavía los respetos debidos al señor feudal, y para que la ilusión sea más completa, el tiempo ha venido a ennegrecer a aquellas viejas paredes para imprimir en ellas el aspecto venerable de la ancianidad. Pero qué constitución tan poderosa la suya! Más de seis siglos y medio ha que se levantaron, y todavía pueden resistir en pie otro tanto número de siglos o más sin temblar.

Seguida a la torre del Homenaje y a su derecha, formando el límite de la fachada principal, está la puerta de entrada, que es baja y poco ancha, para ser más fácilmente defendida. Por esta puerta se pasa a una estrecha calle, a cuyo lado derecho hay una pared larga y de poca altura, desde donde principia el declive del monte, y a su izquierda se ven unas construcciones de ladrillo de dos pisos, con pequeñas y mal ordenadas ventanas, pero tan bien conservadas, que parece aca-

ban de salir de las manos del artífice.

Aquellas habitaciones debieron servir quizá, el piso bajo para depósito de enseres y efectos, y para alojamiento de los legos el piso superior.

A poco más de la mitad de la estrecha calle se encuentra la puerta de entrada a una gran plaza, rodeada toda ella de edificaciones. En el centro del ángulo derecho de esta gran plaza hay otra espaciosa entrada por donde se va a la bellísima cuenca por donde el río Piedra corre despeñándose por entre precipicios, y en medio de bosques de follaje y de verdura, formando un verdadero oasis en medio de una naturaleza árida y fuertemente accidentada, un verdadero paraíso, en el que Dios habría podido alojar muy bien a nuestros primeros padres, Adán y Eva, y la mitología pagana a sus peréides, a sus ninfas y a sus ondinas. Hace más de tres años publiqué en el Eco una serie de artículos sobre este oasis, tan encantador, por cuyo motivo omito ahora ocuparme de él; la viva impresión que me causó no se borrará jamás de mi memoria.

A la izquierda de la entrada a ese oasis se encuentra el claustro bajo, cuyo primer trozo, aunque pequeño, pertenece a la primitiva fundación. Todo él, hasta la bóveda, está construido con pequeñas piedras encofrado, toscamente labradas y oscurecidas por los siglos, infundiendo respeto y recogimiento; pero a poco las paredes y los techos de todos los claustros se presentan blanqueados con yeso, desapareciendo así su aspecto venerable. Cuando yo los visité, el piso del claustro bajo era de arena muy fina, y en uno de sus ángulos vi los coches del actual propietario del monasterio formando el actual destino de ese mismo claustro un singular contraste con su antiguo destino.

Siguiendo el claustro bajo, hallase a la derecha la sala capitular, poco espaciosa por cierto, al contrario del refectorio, actual comedor de los viajeros visitantes. La elevación de

este, su longitud, su anchura, sus techos ojivales, sus rasgueadas ventanas con vidrios de colores, presentan un aspecto de grandeza y de magestad, que cautivan a cuantos admiran aquel modelo de refectorios monacales. La cocina es también espaciosa y clara, y desde luego se echa de ver cuanta importancia dieron desde un principio a la bucólica aquellos benditos monjes.

Llégase después a la soberbia escalera que conduce a los claustros superiores. Cuando fijé mis admirados ojos en ella, me dije interiormente: he aquí una escalera más monumental que todas las escaleras monumentales que yo he visto: en éstas, la del Palacio Real, del Escorial, y del Ministerio de Fomento, tienen un tramo central que parte del piso bajo, y al llegar a la pared del frente se bifurca en dos tramos laterales hasta dar con el piso principal. En el monasterio de Piedra no era así; desde el suelo, y a derecha e izquierda, partían dos tramos, se apoyaban en el centro en una larga meseta, y luego los mismos dos tramos subían al piso superior. La caja de la escalera es muy ancha; las ó cintas sobrepuestas rematan en el techo, formando una preciosa y complicada combinación de aristas; rasgadas ventanas con vidrios de colores, la inundan con raudales de luz, y todo ofrece un aspecto mágico. El artista que la ideó y construyó, y los monjes que aceptaron y realizaron la idea del artista eran verdaderos poetas, sin saberlo quizá.

Los claustros superiores están blanqueados con yeso como los inferiores; pero el suelo es de una composición tan fina y tan lisa como el mármol, solo que en algunos puntos al secarse se han abierto largas grietas; las puertas de las celdas son nuevas y de gusto moderno, particularidades todas que les quitan toda poesía. El claustro de la izquierda de la gran escalera recibe la luz por unas pequeñas claravoyas circulares bastante oscurecidas por el tiempo, circunstancia que presta al

claustro un aspecto melancólico, y las celdas dan a un gran patio; pero el claustro de la izquierda toma abundante luz de ese mismo patio y la celdas tienen miradores abiertos con vistas deliciosísimas al hermoso jardín. El que habita hoy, aunque sea por poco tiempo, una de aquellas celdas destinadas ahora a hospedaje de curiosos viajeros, no puede menos de exclamar comprendo perfectamente que los monjes que vivieron aquí, adormecidos por el ruido monótono de las cascadas, fascinados por una espléndida vegetación enervados por una vida tranquila y sin emociones, dejaran perderse muchas de estas admirables caídas de cristalinas aguas entre el follaje de estas plantas tan poderosas que lo invaden y lo absorben todo, si el hombre no detiene su vigorosa lezania.

No era natural cayesen en el marasmo y que desapareciera en ellos toda energía de voluntad. La exaltación del trabajo, el desarrollo de la actividad los ha arrojado de aquellos placidos retiros de inercia y de soñolencia.

En el ángulo Norte de la gran plaza se halla la puerta de la iglesia, bonita fachada gótica bizantina con dos arcos dentellados en buen estado de conservación. A derecha e izquierda de esta puerta se ven hoy todavía mutiladas dos figuras de yeso, vestidas con trajes de emperadores romanos, con sus alifas, manto y lorica. La figura de la izquierda representa a D. Alfonso II de Aragón y a D. Jaime I el conquistador la de la derecha, colocadas allí por los monjes a mediados del siglo pasado, para rendir a dos de los egregios fundadores un tributo de gratitud, laudable por el recuerdo pero digno de censura por el anacronismo.

Esta iglesia fué desfigurada interiormente en hora fatal y con infelicísimo acuerdo en la primera mitad del siglo XVIII, cubriéndola con platonés de yeso y sobrecargándola con juegos de cornisas y angelotes de feísimo gusto y con abominables chafarripones. Pero todavía se con-